

los dejaban sujetos á las arbitrariedades y á la tiranía de los agentes de Roma. Así es que aquella turba de nuevos ciudadanos, los indigentes, sobre todo, fueron á reforzar en el interior de la ciudad el ejército de la demagogia.

Sylla obtuvo el consulado y el mando de la expedición contra Mithridates (88 á J. C.) que por las riquezas fabulosas que se le suponían tentaba la codicia de muchos, pero sobre todo la del viejo Mario, que iba todos los días á mezclarse á los juegos de la juventud romana para mostrar su agilidad y su fuerza á los setenta años. El nuevo cónsul era, sin embargo, acreedor al premio no solo por su brillante comportamiento en la guerra social, que se disponía á terminar antes de marchar para el Oriente, sino por su bravura en ese mismo Oriente, cuando siendo propretor había restablecido á Ariobarzanes en el trono de Capadocia de donde Mithridates lo había arrojado y se había impuesto por su altiva actitud al respeto de los Parthos. Por lo demás Sylla era un hombre que despreciaba profundamente á aquel pueblo venal y corrompido, resuelto á todo sin cuidarse de la ley, y que solo vivía para la gloria ó para los placeres que habían gastado y podrido su naturaleza. Por su talento y por su carácter se puede asegurar que nunca la República había confiado puesto más encumbrado á hombre que fuera más peligroso para ella.

Mario, hombre de acción, exclusivamente, necesitaba para llegar á sus fines aliarse con un hombre de palabra y de ingenio. La suerte se lo deparó en Sulpicius, patricio pasado á las filas populares, lleno de talento, y que por su prodigiosa elocuencia y por su actividad se había hecho amar de todas las clases; Sulpicius encontraba á Roma admirablemente dispuesta para continuar la revolución iniciada por su ami-

go Druso. El pueblo hirviendo, la disciplina militar perdida y la crisis económica en tal extremo que mientras los deudores pedían la abolición de las deudas, los acreedores asesinaban en la puerta del templo de la Concordia al pretor Aselion que quería restablecer en la práctica las antiguas leyes contra la usura. Si á esto se agrega la posición personal del tribuno, acerbado de deudas, se comprenderá por qué, decidido á jugar el todo por el todo, hizo alianza con Mario y se rodeó de un pequeño ejército de mercenarios á cuyo núcleo llamaba el *anti-senado*. Inmediatamente que tomó posesión del tribunado propuso que se declarase excluido del senado á todo senador cuyas deudas excedieron de cierta cantidad corta; esto era con el objeto de volver la independencia á los senadores, pues en la actualidad estaban en su mayor parte á la disposición de los senadores ricos que eran los que en realidad gobernaban; que se abriesen las puertas de la patria á todos los que la comisión de alta traición (*de magestatis*) instituida por Vario á instigación de los caballeros, había proscrito, y que se repartiesen los nuevos ciudadanos en todas las tribus, dando á los emancipados el derecho de votar, medida que tenía por objeto conquistarse el favor del proletariado.

Los aristócratas se valieron de todos los medios posibles para impedir que se votasen aquellas mociones, pero Sulpicio promovió un terrible motin. Sylla, según algunos, solo pudo salvarse refugiándose en casa de Mario, en donde, según sus memorias, fué obligado por la fuerza á levantar los obstáculos puestos por él á la reunión de la asamblea popular. Las leyes de Sulpicio fueron votadas. Sylla había marchado entre tanto á reunirse con su ejército que estaba en campaña, y cuan-

do supo que se le había quitado el mando de la expedición contra Mithridates, para dárselo á Mario, marchó sobre Roma uniendo su ejército al del procónsul Strabon. Mario y Sulpicio hicieron alguna resistencia en el interior de la ciudad, pero los legionarios de Sylla acabaron por apoderarse de ella. Sulpicio y Mario huyeron; el primero fué muerto en su fuga y el segundo después de recorrer en medio de trágicas aventuras las costas italianas, se refugió en Africa, en donde anduvo errante y perseguido con un hijo y algunos de sus partidarios hasta que los acontecimientos le permitieron volver á la patria.

La guerra civil había, pues, comenzado y el ejército permanente, obra de las circunstancias que Roma había atravesado, hacia su entrada en la escena política, para no salir más de ella. El más poderoso elemento de la revolución monárquica estaba ya listo ¿quienes habían de traer al monarca, los aristócratas ó los demagogos? Este era el problema.

Sylla se ocupó de restaurar el antiguo carácter aristocrático de la constitución, mientras las noticias que llegaban del Asia exigían su marcha. Creía partir dejando sólidas garantías al partido de los *optimates*, pero no fué así; los nuevos comicios elevaron al consulado á un agitador furioso *Cinna*. Sylla tuvo que resignarse y habiendo fracasado su proyecto de dejar el mando del ejército del N. que iba á hacerse dueño de la situación, á un devoto suyo, se embarcó con sus legiones para el Asia.

En aquellos momentos casi todo el oriente estaba perdido para Roma. Egipto desmembrado y debilitado por las luchas intestinas, el trono seleucida, gracias también á las discordias domésticas, no podía luchar ni contra los piratas de Kilikia, ni contra los *cheiks*

árabes, ni contra los príncipes judíos, y este estado de cosas había favorecido el desarrollo de nuevas potencias. A la muerte del noveno rey Arsakida, Mithridates II, el reino de los parthos había entrado en un período de debilidad, que permitió el engrandecimiento de la Armenia reunida toda bajo el cetro de Tigranes, por el tiempo que vamos historiando. A este engrandecimiento había coadyuvado el suegro de Tigranes, Mithridates Eupator rey del Ponto. Este célebre sultán, había empezado á gobernar asesinando á las personas de su familia; siguiendo los hábitos orientales y dotado de cualidades físicas y morales muy notables, al lado de espantosos defectos, se había presentado como una especie de héroe semi-griego en aquellas regiones, aprovechándose de los cuidados de Roma, para hacerse en los alrededores del Ponto Euxino un reino que comprendía todo el litoral oriental y septentrional de este mar hasta más allá de la península de Crimea. Una vez dominado el Ponto por completo, Mithridates emprendió con más ó menos éxito y aliado con Tigranes, la conquista de la Paflagonia y de la Kapadokia. Sylla, siendo propretor de Kilikia, lo había hecho desistir en apariencia de estos intentos; pero después volvió á ellos, solo que ya entonces, disgustado con Nikomedes de Bitinia, aliado de los romanos, se decidió, provocado por Aquilio, á hacer á éstos la guerra. Los armamentos de Mithridates eran inmensos como esa energía feroz que lo impelió á ordenar el asesinato de 80000 italianos de todos sexos y edades en el Asia Menor, al principio de la guerra. Gracias á sus buenos generales griegos, el rey del Ponto ocupó el Asia Menor, y poco después, presentándose como el libertador de los griegos, invadió por la Tracia, la Macedonia, y á poco, se impuso á toda la Gre-

cia. Ya era tiempo de que llegase Sylla. (87 á. J. C).

Este empezó batiendo á los generales de Mithridates y poniendo sitio á Athenas que tomó por asalto é hizo pillar cruelmente. En estos momentos, la falta completa de una escuadra, que uno de sus lugartenientes, Lucullus, reunia á duras penas en el mar Egeo, lo obligó á esperar. Dos ejércitos de Mithridates muy superiores al suyo en número, vinieron á presentarle batalla sucesivamente; á los dos los venció, y destruyó en Koronea al uno, y al otro en Orcomenos. Entre estas dos batallas, supo Sylla que la revolucion dominante en Roma lo habia destituido, y que un ejército romano mandado por Flaccus, venia á reemplazarle. Sylla esperó á su competidor, pero no llegó el caso de combatir, tomando Flaccus el camino del Asia. Al llegar á ella, el general revolucionario fué depuesto por un motin de sus soldados acaudillado por el demagogo Fimbria, y ejecutado poco despues. Fimbria batió al hijo de Mithridates y se apoderó de Pergamo, al mismo tiempo que las ciudades del Asia Menor, cansadas de la dominacion del rey, le cerraban sus puertas, y que Lucullus dominaba con una fuerte escuadra el mar Egeo. Se decidió á tratar con Sylla, que lo obligó á abandonar sus conquistas, á darle todas sus escuadras y á pagarle una fuerte indemnizacion de guerra. Sylla fué en persona al Asia á celebrar la paz, y su sola presencia bastó para desbaratar el ejército de Fimbria, que se dió la muerte. Cargado con un inmenso botin y seguido por 1300 navios, volvió Sylla á Italia; desembarcó en Brindisi, y anunció al Senado su llegada en un tono que era un indicio de lo que iba á suceder. (83).

En los cuatro años que habia durado la ausencia de Sylla, habian tenido lu-

gar grandes acontecimientos en Italia. Roma era presa de una agitacion febril cuando la dejó Sylla; el nuevo cónsul Cinna, aprovechó el instante en que aquel se alejaba rumbo á la Grecia, para promover de nuevo la igualdad civil entre los antiguos y los nuevos ciudadanos y una amnistia para todos los complicados en la revolucion de Sulpicio. Los mejores colaboradores del cónsul, fueron Papirio Carbon y Quinto Sertorio, tan célebre despues por sus proezas en España; pero á pesar de la actividad desplegada por ellos, los aristócratas se sobrepusieron á viva fuerza á sus contrarios; millares de cadáveres quedaron tendidos en el *Forum* y en la *Via Sacra*, y los agitadores tuvieron que huir de Roma. Presentáronse á los italianos como víctimas de su amor por ellos, y lograron que el ejército de Campania, que sitiaba á Nola, se pusiese á sus órdenes. Entretanto, Mario habia desembarcado en Etruria con un puñado de partidarios, pronto engrosado con esclavos italianos y bandidos de todas especies. El gobierno de Roma llamó en su auxilio á Pompeyo Strabon, el vencedor de Ausculum, quien se manifestó vacilante y dejó á los revolucionarios comenzar el asedio de Roma, batiéndolos cuando se ofrecia, pero sin emprender nada definitivo. Parece que queria aparecer como un mediador necesario y apoderarse del poder. El Senado concedió á las ciudades italianas todo cuanto pedian, con tal que enviasen sus contingentes; llamó á Metelo, que tuvo que dejar libres á los samnitas que se unieron á Mario, hasta que la muerte de Strabon, la peste y los avances de Mario y los suyos, obligaron á Roma á rendirse. No bien habia el vencedor de los cimbrios puesto el pié dentro del recinto de la ciudad, cuando comenzaron las matanzas; varios personajes ilustres perecieron y sus cabe-

zas fueron clavadas en la columna rostral del *Forum*. Las bandas de esclavos y de asesinos del vencedor, sembraron el espanto en Italia; Sertorio logró una vez apoderarse de algunos millares de estos facinerosos, y los acuchilló sin piedad. La muerte de Mario puso término á aquella saturnal sangrienta, y Cinna siguió gobernando sin intervencion del pueblo ni del Senado, como señor absoluto. De hecho el prólogo habia concluido, y la monarquía, producto fatal de los excesos demagógicos, habia empezado ya.

SYLLA.—Cuando Cinna supo que Sylla se acercaba, marchó á Ancona, en donde sus soldados amotinados lo asesinaron, quedando encargado Carbon del mando del ejército. En Roma el Senado tuvo una veleidad de independencia, nombró cónsules por su cuenta y estos salieron á combatir contra Sylla. Este penetró en Italia con 40000 hombres, pero sus filas empezaron á engrosarse y se le presentaron entre otros distinguidos aristócratas, Metelo, que andaba fugitivo en Liguria y el joven Cneus Pompeyus, hijo de Strabon, que habia sublevado el Picenum.

Penetrando en la Campania derrotó al cónsul Norbano y logró que se le pasara en masa el ejército de Scipion, el otro consul, hechura del Senado, y cuando terminó la primera campaña, eran suyas la Campania, la Apulia y el Picenum.

Los dos nuevos cónsules Carbon y el hijo de Mario, joven heróico y sanguinario que contaba veinte años apenas, se encargaron éste de detener á Sylla, y Carbon de luchar en el Norte contra Metelo. Sylla derrotó á Mario en *Sacriportus* y dejando delante de Preneste á uno de sus lugartenientes pasó por Roma y fué á ayudar á Metelo á batiir á Carbon. Operando contra él y despues de algunas batallas de éxito

dudoso supo que los contingentes del Samnium (70,000 hombres) iban en auxilio de Preneste; volvió rápidamente al Lacio y se colocó de suerte que los italianos no pudieron socorrer la plaza. Mientras esto pasaba al Sur de Roma, Metelo y Lúculo destruian completamente el ejército de Norbano en el Pó y penetraban en la Etruria. Carbon no los esperó, sino que huyó al Africa; su ejército se desbandó en parte, y el resto se dirigió á Preneste con Carrinas, ó fué destruido por Pompeyo.

La campaña tocaba á su fin. El último episodio fué terrible. El ejército revolucionario que iba á socorrer á Preneste, rechazado por Sylla, marchó rápidamente sobre Roma; el general aristócrata lo siguió precipitadamente y la batalla tuvo lugar cerca de la puerta Colina. Duró dos dias este terrible encuentro que acabó por una espantosa carnicería: poblaban el aire los gemidos de las víctimas todavía, cuando Sylla vencedor, dictaba impasible sus primeras voluntades al Senado. La restauracion de la oligarquía estaba consumada. Mario el joven se habia dado la muerte en Preneste, Carbon cayó poco despues en manos de Pompeyo, que lo hizo ejecutar en Sicilia, y Sertorio andaba fugitivo por las Mauritánias.

Mientras Pompeyo sometia el Africa y otros generales las Galias y la España; mientras los sitios concluian y se celebraba una nueva paz con Mithridates, Sylla distribuia sus soldados en toda la Italia, se hacia nombrar dictador con facultad de legislar y de gobernar á su antojo, pues su voluntad era la voluntad del pueblo romano, y su obra de terror comenzaba. Nunca monarca más absoluto eligió medios más crueles para restaurar instituciones que era imposible volver á poner en pié. Primero quiso el dictador nivelar el camino, y se abrió una era de matanzas, de pros-

cripcion, de confiscaciones, que empezaron por los enemigos políticos y luego no reconocieron clasificacion ni límite. En Roma y en toda Italia, las bandas syllanas, acaudilladas por facinerosos, entre quienes ocupaba Catilina el primer lugar, sembraban el espanto. Todos los hombres ricos eran amenazados de muerte, para poder, con más seguridad, ser despojados de sus bienes; solo los tiempos más siniestros del imperio, presentan alguna analogía con el terror silano. Los numerosos detalles recogidos por la historia sobre este periodo memorable, ponen espanto en el ánimo y no los repetiremos. Nos bastará fijarnos en este hecho: la destrucción sistemática del Samnium; Sylla no quería que quedase vivo un solo samnita, y poco más ó menos, se cumplió su deseo. En aquel país de bravos, convertido en un cementerio inmenso, no volvió á haber otros habitantes, que los soldados del dictador esparcidos en diversas colonias.

Cuando el silencio reinó en Italia y no se oía mas que el golpe del hacha ó el paso de los sicarios, Sylla formuló su legislación oligárquica. Se puede reducir á esto: el Senado, cuyos vacíos se llenaron con trescientos caballeros devotos del dictador, recobró el poder judicial y el derecho de examinar las leyes antes de ser presentadas á la asamblea popular, para dar su venia, los gobernadores de las provincias quedaban bajo su dependencia; restriccion del derecho de iniciar las leyes que tenían los tribunos, y del derecho del veto, arma poderosa de aquellos magistrados populares, que quedaron envilecidos, desde el momento que el que era tribuno quedaba inútil para cualquier otro cargo. El pueblo elector perdió en realidad su poder legislativo; la censura fué nulificada y deprimido el orden ecuestre.

Dió además algunas leyes penales, mutuas y económicas, como la que perdonó una parte de las deudas. Por lo demás, prodigó el derecho de ciudad á los italianos, dejó á los nuevos ciudadanos repartidos indistintamente en las tribus, lo mismo que á los libertos con quienes inundó á Roma. Pero su obra predilecta fué la del establecimiento de colonias militares en toda la Italia.

Cuando hubo concluido de restaurar la oligarquía, abdicó la dictadura, ó por deseo de ver funcionar la nueva máquina gubernamental, ó por hastío y desprecio de los hombres, por ambas cosas quizá, y se retiró á su villa de Cumas. (79) Un año despues, mientras se ocupaba en escribir sus memorias y en ejercer algunos actos de venganza, murió á consecuencia de una hemorragia, tranquilo y satisfecho «como un ciudadano en su ciudad.» (Corneille.) Roma le hizo funerales magníficos, sus veteranos le llevaron con una pompa inmensa al través de la Italia; dos mil coronas de oro se colocaron en su féretro y en torno de su pira danzaron el baile sagrado sacerdotes, senadores y caballeros. Un año llevaron luto las damas romanas.

Hombre singular: impío que tenía en su estrella una confianza ciega y que por eso se hacía clamar *Felix* y daba á su mujer y á su hijo los nombres de Fausta y Faustino. Jamás dudó de su fortuna y ésta nunca le fué infiel. Profundamente corrompido, y friamente cruel, su vida fué la de un sibarita enamorado de la sangre; tan voluptuoso y refinado que un gran historiador le ha llamado el *D. Juan* de la política (Mommsen) y capaz, á fuerza de excepticismo, de tanto desprendimiento, que ha sido posible compararlo sin sacrilegio á Washington (!). Sylla fué un hombre de extraordinarias cualidades inferio-

res á sus vicios; ni el éxito de su obra imposible de dar vida á una aristocracia podrida hasta la médula, está ahí para justificarlo. Lo que le dá un carácter típico, digámoslo así, es que fué el primer fruto maduro de aquella enorme organizacion de despotismo, de violencia y de corrupcion, producto de la reaccion del mundo conquistado sobre la ciudad conquistadora. Fué el primer emperador y es como una condensacion anticipada de todos ellos; génio, sensualismo, crueldad, energía, podredumbre, todo lo reunía. Su carácter ha sido un enigma para la historia, que jamás lo podrá absolver, pero que se lo explicará, dado el medio social en que vivió, en que las instituciones eran una mentira insolente y la virtud una tradicion risible.

POMPEYO.—A la muerte del dictador quedaron en pié el Senado henchido de facultades, pero sin un caudillo y los populares cuyo programa era la restauracion del tribunado, la supresion de las atribuciones judiciales del Senado, la vuelta de todos los proscritos, la devolucion de todos los bienes confiscados, la rehabilitacion de los muertos y el enjuiciamiento de todos los agentes del terror silano. En este sentido trabajaban el ánimo público en Roma y en Italia numerosas heterias, asociaciones análogas á nuestros modernos clubs poderosamente organizadas, focos de agitacion é instrumentos de dominacion para los audaces, entónces como ahora. Entre los dos extremos habia hombres que pertenecian al partido moderado y que aceptaban una parte del programa democrático en cuanto pudiera conciliarse con la vuelta á su antigua preponderancia de la aristocracia del dinero. Una generacion nueva comenzaba á descollar: Marcus Tullius Cicero, jóven abogado que se habia atrevido á manifestarse independiente aun en tiempo de

Sylla, ante los tribunales y que habia sorprendido á todos por la abundancia armoniosa de su frase y por la elegantísima habilidad con que manejaba la lengua; Cayus César, jóven inquieto y audaz, que á los veinte años se habia atrevido á desobedecer á Sylla, que le ordenaba repudiar á su mujer, hija de Cinna y que huyendo de la cólera del dictador habia ido á Oriente, habia mostrado un arrojo temerario en sus aventuras romancescas con los piratas y en el sitio de Mytilene y que por sus maneras afeminadas y elegantes habia cautivado al rey de Bythinia Nikomedes, con cuyo motivo se formó en Oriente una abominable leyenda que en Roma se hizo luego popular entre los maldicientes. De este Julio Cayo César habia dicho proféticamente Sylla: hay dentro de esa túnica mal ceñida muchos Marios. Porcius Cato, austero afiliado en las doctrinas filosóficas del Pórtico, hombre que solo profesaba el culto de la verdad, ageno á toda nocion política positiva, enemigo de todas las facciones y amigo solo del deber contra todos, contra su tiempo y contra sus contemporáneos, figura sublime y fria que el destino deparó á Roma como para que la agonía de la República se impusiese al respeto de todos los siglos. Marcus Crassus, hombre vulgar de ambicion desmesurada, que habia empezado su fortuna con las confiscaciones ordenadas por Sylla y que era en aquellos momentos el capitalista mas rico de Roma. Ligado con las heterias por un lado y gozando por otro de gran influencia en el Senado, aspiraba á ganar por medio de dinero el primer puesto en la República. En segunda línea venian los dos Lucullus, Lucio sobre todo, distinguido personaje á quien Sylla confió la tutela de su hijo y que en una campaña en Oriente desplegó talentos militares de primer orden, pero que inmensamen-